



Línea directa

SANTIAGO

Almas heridas

COMO SIEMPRE OCURRE los 11 de septiembre, este año los chilenos volvieron a abrir la herida política dejada por la dictadura. En Santiago, mucha gente pasó el domingo en casa para evitar las manifestaciones y confrontaciones en las calles que ocurren por el aniversario del golpe militar de 1973. Manifestantes recordaron a los muertos, torturados y desaparecidos y protestaron contra un proyecto de ley de amnistía a los militares presos en discusión. En conmemoraciones más bien discretas, militares y partidarios del ex dictador Augusto Pinochet celebraron la fecha y algunos "anarquistas", parte de los cuales son jóvenes nacidos durante la democracia, aprovecharon los tumultos callejeros para el vandalismo. Ocho policías terminaron heridos —dos de bala— y 46 personas terminaron presas en Santiago.

Para una brasileña recién llegada a Chile es difícil entender por qué, a 15 años del fin del régimen, el aniversario del golpe todavía causa tamaño tumulto. Al contrario de lo que ocurre en Brasil, he visto aquí torturadores presos. Me consuela saber también que muchos crímenes de la dictadura fueron (o están siendo) investigados. Al mismo tiempo, he podido sentir en el día a día que Chile goza de un relativo bienestar social. Hace poco todos supimos que, según la Cepal, es el único país latinoamericano que está en camino de cumplir la meta de reducir la pobreza a la mitad.

Además de eso, miremos el escenario: los oprimidos por la dictadura ahora están en el poder y tienden a continuar allí, con Michelle Bachelet, hija de un militar muerto mientras estaba bajo prisión, liderando por lejos las encuestas para las presidenciales de este año. En las vísperas del 11, y hablando sobre el indulto a los militares, el presidente Ricardo Lagos dijo que "es importante ver en qué medida vamos cerrando heridas".

La lección de Lagos es simple: no se puede mirar adelante sin dar vuelta la hoja. Lagos ha sido igualmente razonable al apartar la discusión del indulto para cuando gobierne su sucesora, pues es inoportuno legislar sobre el tema en plena transición presidencial. Aun así, he escuchado también a muchos chilenos justificadamente indignados. Algunos me han recordado que en Chile hay pequeñas injusticias pendientes. Lo tengo presente. Aun hay militares con tantas prerrogativas en la cárcel que tienen hasta mascotas. También mucha gente aún permanece desaparecida y muchos, huérfanos de

justicia. El propio Pinochet aún no ha sido juzgado severamente. Dar vuelta la hoja no se hará sin dolor ni debe hacerse sin justicia.

En mi Brasil, mientras, hay un nuevo desaliento. Hace algunas semanas, supe que el compositor Chico Buarque, presionado, como otros intelectuales de izquierda, a comentar sobre la crisis política que socava al gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva, puso el dedo en la llaga. "El alma brasileña está herida", dijo, y me conmovió.

Esa catarsis política tiene su lado bueno porque expone cosas que eran "una práctica usual en la política brasileña", como dijo Chico. Aunque parte de las denuncias se atribuyan al oportunismo de la oposición por minar las posibilidades de reelección de Lula, sería fútil negar el flagrante descubrimiento de un asesor del PT huyendo

del país con centenas de miles de dólares en los calzoncillos, o las confesiones de que el partido usó dinero sucio en la campaña.

Chico, un ícono de la resistencia a la dictadura militar y de una generación que luchó por décadas para ver "al pueblo" llegar al poder en las elecciones de 2002, espejó todas esas frustraciones cuando, al hablar del alma herida de Brasil, dijo sentirse "triste".

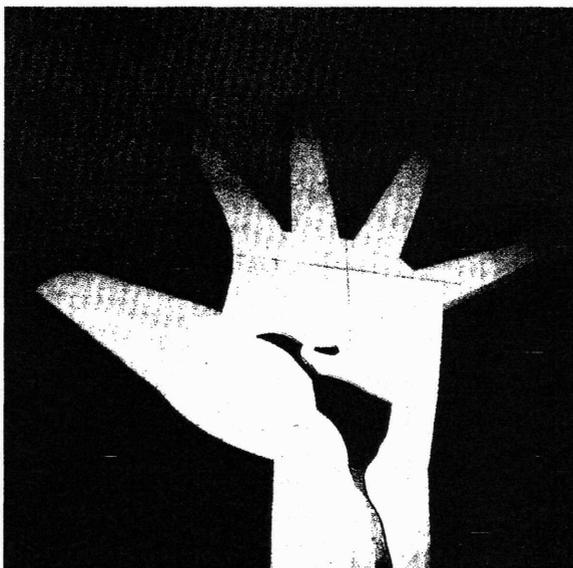
Injusticia, como sienten muchos en Chile, o tristeza, como embarga a los brasileños, no siempre van de la mano. Sin embargo, a veces aparece un indicio de que las instituciones están evolucionando y las heridas un día podrán ser cerradas.

Pinochet se ve más solo cada 11 de septiembre. Su mujer e hijo, cual remedos de Capone, fueron

presos por ocultar impuestos. Este año, en la TV pude ver a no más de tres fanáticos desconocidos conmemorando el golpe frente a su residencia. Herederos políticos y empresarios que ayudaron a financiar su régimen ahora lo rechazan como una llaga ardiente. En Brasil, en tanto, ese mismo fin de semana del 11, el ex prefecto Paulo Maluf, símbolo político de la dictadura de los 70 que había conseguido escapar de cerca de 150 procesos judiciales, fue a la cárcel por primera vez por obstruir una investigación.

La amargura chilena y la trama oscura que asusta a los brasileños contrastan con estas pequeñas epifanías. Pero pasar la página —y pasarla bien— toma tanto tiempo como paciencia. La historia cambia a pasos cortos. Y, mientras lo hace, esas pequeñas epifanías alivian un poco las heridas del alma. ■

PRISCILLA MURPHY



ALEXANDRE BATTIBUGLI